

CAZADO

Yago Reyes

Jueves, 3 de octubre de 2019

Unas horas más tarde

Nos esperaban en Muela de Cortes, Valencia, a unos ochenta kilómetros de nuestra comisaría en Alzira. El comisario Luca de Tena nos había dado instrucciones a mi compañera Aines Collado y a mí de trasladarnos a dicha localización después de recibir una llamada de los compañeros de la comandancia de la Guardia Civil de Valencia. Unos cazadores habían encontrado el cadáver de un hombre que parecía ser vecino de Alzira.

Aquel «Tengo malas noticias, chicos» nada más entrar en el despacho del comisario me hizo un nudo en el estómago. Su semblante transmitía desasosiego y sus ojillos marrones no abandonaron el papel en el que escribía.

—¿Qué ha pasado, señor? —le preguntó Aines lo más contenida posible, aunque era evidente su inquietud.

—Han hallado un cadáver en Valencia —dijo el comisario mientras seguía con sus anotaciones. Estaba totalmente distraído—. Tendréis que ir para allá.

—¿A Valencia? —replicó Aines, verbalizando la misma pregunta que me acababa de pasar por la mente.

—Sí. A ver... —Soltó el bolígrafo y, suspirante, se pasó la mano por el pelo. A sus cincuenta y cinco años las canas ya jaspeaban lo que tiempo atrás debió de ser una cabellera bruna como la de una pantera—. Han hallado el cuerpo de un hombre en Muela de Cortes. Junto a él estaba su ropa y su documento de identidad: era de aquí. Además, acabamos de comprobar que, en efecto, ayer por la noche su esposa denunció la desaparición.

Aines asintió.

—¿Su ropa? —pregunté confuso.

—Sí. Estaba completamente desnudo. Han encontrado algunas prendas y estaban hechas trizas. En fin, aquí tenéis la dirección exacta —dijo a la vez que nos entregaba el papel en el que hacía unos instantes había estado escribiendo—. Meted las coordenadas en el GPS, está en pleno monte.

—De acuerdo.

—¿Algo más? —preguntó Aines.

—Solo que ha habido ensañamiento. No me han dado mucha información. Cuando lleguéis os pondrán al tanto.

—Muy bien, señor.

«Vaya forma de empezar la mañana», pensé tras subir al coche y mirar la hora en el reloj del salpicadero; marcaba las 9:11.

Aines se puso al volante. Yo empecé a introducir la dirección exacta en el GPS. La observé un instante sin que se diera cuenta: la melena, recogida en una cola de caballo, le caía en mechones serpenteándole por el hombro; la nariz fina y recta, me recordó a una escultura renacentista de Miguel Ángel Buonarroti, *La Piedad*; y sus labios carnosos, ahora apretados, evidenciaban su preocupación: la noticia nos había pillado fuera de juego a ambos. A pesar de que apenas teníamos datos, desde el momento en que pisamos el despacho del jefe tuve la clara sospecha de que nos enfrentaríamos a una investigación compleja. No era habitual atender tantos casos de asesinato en una comunidad autónoma en tan poco espacio de tiempo, las estadísticas así lo decían. El caso de Elena Pascual Mo-

lina era tan reciente que... No sé, llegué a pensar que había traído conmigo de Madrid la mala suerte.

—Tenemos que ir por la CV-435 —dije tras ojear el recorrido que indicaba el navegador.

—Vale. Has puesto el sonido, ¿no?

—Sí.

Asintió sin apartar la vista de la carretera, igual que en nuestros primeros días de compañeros: ella, al volante y callada; yo, a su lado, viendo un paisaje fugaz. Por unos segundos me inundó aquel desasosiego que me producía su distancia y su aprensión hacia mí. «Aquello ya pasó —tuve que repetirme varias veces—. Lo hemos aclarado y cada vez estamos mejor».

—Sé que acabas de cogerlo, pero si te cansas de conducir, me lo dices y cambiamos —me ofrecí.

—No te preocupes, estaré bien —respondió, forzando una sonrisa que no engañaba a nadie.

—De acuerdo.

Y se le quedó una expresión mohína y triste, la misma que desde la resolución del caso de Elena Pascual Molina ensombrecía su semblante con más frecuencia de lo deseado.

Apoyé la espalda en el respaldo y me dejé envolver por un silencio que de vez en cuando se veía interrumpido por las voces de otros compañeros a través de la emisora policial; voces de desconocidos que sin pretenderlo me rescataban de unos recuerdos demasiado vívidos y amargos: la solicitud de traslado por estar con una mujer que llevaba demasiados meses siéndome infiel; mi ruptura con ella; el traslado en la última semana de agosto desde mi anterior comisaría en Madrid; los primeros días en Alzira; la primera impresión que me causó Aines; su silencio; nuestras charlas forzadas; los mensajes preocupados de mi madre preguntándome qué tal me iba en mi nuevo destino; mis mentiras al respecto para no decirle que vivía en un piso asqueroso porque tenía el presupuesto justo y no disponía de tiempo para buscar algo mejor; la sensación de abandono...

—¿Qué harás este fin de semana? ¿Tienes algún plan? —le pregunté a Aines después de que la emisora policial volviera a traerme al presente: el espacio y el lugar donde deberíamos vivir todos.

Me lanzó una fugaz mirada con el ceño fruncido.

—¿A qué día estamos? ¿No es jueves?

Me extrañó su pregunta. La mayoría de la gente de nuestra edad o más jóvenes tenían la costumbre de considerar el jueves como un «aperitivo» previo al fin de semana.

—Sí.

—No lo sé. No tengo ningún plan. ¿Y tú?

—Si puedo, iré a Madrid.

—¿Cuándo?

—Pues en principio el viernes, después de que acabemos la jornada. Me da igual llegar a las tantas de la madrugada.

—Ten cuidado.

—Tranquila, para el lunes estaré de vuelta, puntual como un reloj suizo.

Sonrió de nuevo, esta vez con un poco más de ganas. Pero un par de segundos después lanzó un suspiro demasiado sonoro.

—Te veo decaída.

—No sé si tengo el cuerpo para estudiar otro cadáver.

Me sorprendió su sinceridad.

—¿Es por el último caso?

—Supongo. Francamente, pensé que en un par de días me habría olvidado de todo. No sé por qué me está pasando esto. No era mi primer caso, ¿entiendes?

—Bueno, tan solo han pasado unos días, y hay casos que nos dejan más huella que otros.

—Lo sé. Pero aun así me siento como una novata.

—¿Has pensado en ir a hablar con alguien?

—Ya estoy yendo.

Su respuesta volvió a pillarme por sorpresa.

—¿Y?

—En realidad empecé antes de ayer.

—¿Y qué tal?

—Bastante bien, la verdad. A lo mejor vuelvo esta tarde o mañana.

—Me alegro de que te esté ayudando.

—Gracias. Por cierto, cuando vea la próxima vía de servicio pararé. Necesito un café.

—Perfecto. Me apunto.

Y eso hicimos: en cuanto vimos la primera vía de servicio, paramos. Después de vaciar las vejigas y hacernos con un par de «chutes» de cafeína para bebérmolos por el camino, reanudamos el viaje.

El silencio volvió a ser el protagonista, como en esas primeras semanas en las que ella evitaba dirigirme la palabra salvo para lo indispensable.

«Toma la tercera salida en CV-428», indicó el GPS con una voz femenina robótica.

Atravesamos un pequeño pueblo.

—Según este cacharro estamos cerca, a unos diecisiete minutos —informé a mi compañera—. Gira la siguiente a la izquierda.

Comenzamos a ascender por una carretera estrecha, de asfalto y sin arceles. Más allá de la huella de alquitrán provocada por la mano del hombre, se abría un vasto monte de piedras grises y rojizas, matorrales bajos y árboles autóctonos, en su mayoría pinos.

Aprovechando que Aines había reducido ligeramente la velocidad, bajé la ventanilla para respirar un poco de aire puro.

—Qué tranquilidad, ¿verdad? —comentó ella.

Daba la sensación de que el paisaje la estaba relajando.

Y así era: se respiraba una extraña paz difícil de describir. Íbamos por un camino que parecía llevarnos a unas vacaciones en mitad de la montaña, hacia un lugar de reposo y de reconciliación con uno mismo; la brisa que se colaba por la ventanilla era como la de una agradable primavera; el suave arrullo de los pájaros, una melodía hipnótica... Todo parecía invitarnos a olvidar el motivo por el que nos encontrábamos allí. No obstante, todo era fachada, una burda treta del universo para que nos relajáramos antes de darnos la estocada que nos robaría horas de sueño durante días.

Según avanzábamos, el pavimento empezó a empeorar, el alquitrán estaba levantado por algunas zonas, y, donde un día hubo una superficie lisa y homogénea, en su lugar quedaba una defectuosa capa de asfalto adornada por socavones de todos los tamaños. La estrechez de la vía, que se acentuaba paulatinamente, hacía más difícil poder sortearlos. La tensión de meter alguna de las ruedas en un agujero demasiado profundo nos acompañó durante casi un kilómetro.

—¡Por fin! —exclamó Aines al ver que la carretera volvía a presentar mejor aspecto—. ¿Cuánto falta?

—Cuatro kilómetros.

No añadí más comentarios. A los agujeros le siguió un largo tramo de curvas. Aquel «Estamos cerca» que formulé varios kilómetros atrás me estaba repitiendo como una morcilla en mal estado.

—¿Cuánto falta? —volvió a preguntar Aines.

—Según esto... Bah, no lo quieras saber.

—¿En serio? —Su cara de exasperación no tenía precio.

—Paciencia, compañera. Antes o después llegaremos.

—No nos habremos perdido, ¿no?

—Según esto, no.

Resolló.

—Como en cinco minutos no hayamos llegado, me bajo y conduces tú.

—Cuando quieras —dije sonriente. Me hacía gracia verla tan enervada.

Un par de kilómetros más tarde, varios vehículos oficiales aparcados en línea a un lado de la carretera nos advirtieron de que habíamos llegado. Por fin.

El dispositivo policial estaba compuesto de un par de vehículos de la Guardia Civil de Valencia, uno de atestados y un par de coches sin rotular, entendí que en estos últimos habrían llegado el forense, el juez y el secretario judicial.

Una cinta policial marcaba un sendero hacia una zona más boscosa; un agente de la Guardia Civil custodiaba la entrada.

—Somos los inspectores de homicidios de la comisaría de Alzira. Nos habéis requerido como apoyo —dije al tiempo que mi compañera y yo mostrábamos nuestras placas.

—Claro. Collado y Reyes, ¿no? —dijo sonriente y con un tono algo cantarín, como si no fuera consciente de la gravedad del asunto o incluso le resultara divertido.

—Correcto.

Anotó nuestros números de placa en el informe de acceso.

—Listo. Si siguen la cinta policial, se darán de bruces con la escabechina.

Observé sus ojos marrones. Era joven y por un momento pensé

que debido a su edad se estaba tomando la situación a broma. Sin embargo, sus labios dibujaban una sonrisa amable mientras que su mirada transmitía pesar. Tal vez esa actitud era un arma de auto-defensa.

—Está bien. Gracias.

Aines me hizo un gesto con la cabeza que traduje en un «Vamos, que nos esperan». Caminamos guiados por la cinta amarilla, sorteando arbustos y árboles. Varios metros más tarde, el murmullo de los compañeros trabajando en la zona nos indicó que al fin estábamos, ahora sí, en el lugar de los hechos.

Según nos aproximábamos, vimos a varios compañeros del SECRIM, el Servicio de Criminalística de la Guardia Civil, merodeando por el lugar. Una mujer que estaba de pie junto a un par de hombres que permanecían acuclillados se percató de nuestra llegada. Aún estábamos bastante apartados como para poder apreciar con claridad lo que estaban haciendo; la lógica me llevó a deducir que estarían escrutando el cuerpo del finado. La susodicha llamó la atención de uno de ellos. Ambos se giraron para atenderla: tras decirles algo, se volvieron. El primero se puso en pie mientras que el segundo siguió a lo suyo.

Empezaron a caminar hacia nosotros. Sus semblantes se mostraban constreñidos. La mujer tenía una apariencia sobria, casi militar. Era delgada, en torno al metro ochenta, con el pelo corto teñido de rubio albino; lo llevaba casi más corto que yo. Le calculé unos cincuenta años. El hombre parecía algo mayor, de unos sesenta años. De tez morena, rapado, con perilla y de aproximadamente un metro ochenta y cinco de altura. Se mantenía en forma a pesar de la edad.

«No me importaría tener ese aspecto dentro de veinte años», convine, al imaginarme con dos décadas más a mi espalda, ya rondando los sesenta y cuatro. Consideraba que tenía una buena genética, pero al margen de eso debía recuperar la costumbre de hacer ejercicio. No obstante, ya puestos a imaginar, le sumé otros veinte a Aines: unos sesenta. Algo me decía que seguiría resultándome igual de atractiva.

—Buenos días —saludó la mujer en un tono firme—. Soy Dolores Casado, teniente de la UCO. Este es mi compañero, el sargento

Álvaro Santos. —Llevaban protecciones en los pies y guantes de nitrilo. La teniente de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil se quitó uno y nos estrechó la mano.

—Yo soy Aines Collado, y este mi compañero Yago Reyes, inspectores de homicidios de la Policía Judicial de Alzira.

—Sí. Gracias por venir, os estábamos esperando. Hemos creído conveniente avisaros al tratarse de un vecino de vuestra localidad.

—Gracias. Habéis hecho bien en ponernos al tanto —contestó Aines.

—¿Qué tenemos? —pregunté, oteando más allá de sus espaldas.

Su compañero, el sargento Santos, nos ofreció cubrezapatos desechables y guantes para preservar la escena del crimen.

—Creo que es mejor que lo veáis con vuestros propios ojos —dijo la teniente Casado, e hizo un gesto con la cabeza para que los siguiéramos.

El forense se irguió, permitiéndonos contemplar la espeluznante escena sin ningún tipo de interferencia. Despanzurrado sobre la maleza del bosque permanecía el cuerpo desnudo del individuo. Había recibido dos disparos, uno en la mitad de la espalda y otro en la cabeza. Tenía marcas de magulladuras por todas partes. Aines se tapó la boca con el antebrazo.

—¿Qué tal? —saludé al forense por ambos.

—Mejor que este pobre desgraciado —espetó él sin pensárselo dos veces. Tenía unos cincuenta años y llevaba el pelo repelinado hacia atrás, al más puro estilo conde Drácula, particularidad que contrastaba con las gafas de cristales redondos y pasta fina, como las de Harry Potter, que reposaban sobre su nariz recta. Denotaba una gran personalidad—. Soy el doctor Xavier González, el forense que se encargará de llevar a cabo la necropsia —dijo, haciéndonos una sutil reverencia con la cabeza.

Nos presentamos por tercera vez.

—¿Puede adelantarnos algo?

—Sí, veamos... —Se empujó las gafas con el dedo anular—. Han debido retenerlo durante unas horas. Las marcas que presenta tanto en los tobillos como en las muñecas revelan que estuvo atado. Mirad aquí —dijo, señalándole las muñecas con un bolígrafo. Me fijé en el color mortecino de sus manos, también en las muñecas enroje-

cidas y magulladas—. Diría que ha tratado de soltarse: tiene heridas superficiales por fricción, como si hubiese querido sacar las manos a tirones. Imagino la desesperación que tuvo que sentir.

Mientras el forense hablaba, escruté visualmente el cuerpo de la víctima. Su complexión era fuerte y fibrosa, de espalda ancha; pesaría unos ochenta kilos, los cuales tenía bien repartidos en su cerca de metro ochenta. Era un cuerpo esbelto y joven.

—En las plantas de los pies tiene heridas, pequeñas piedras y trozos de ramas clavadas —prosiguió el forense—. Debió de dar unos pasos antes de ser abatido. Y por el reguero de sangre que cae por su espalda y que hemos visto también sobre la arena, podemos pensar que le dispararon primero ahí, a la altura de las escápulas. Sin embargo, ese disparo no tendría por qué haberle matado.

Observé el lamentable estado en el que había quedado el cuerpo. En ese momento una ráfaga de aire hizo que el olor a sangre penetrase por mis fosas nasales. Sentí repelús y un escalofrío que terminó en una arcada.

Aparté la cabeza, como si alguien me estuviese amenazando con un hierro candente y yo tratase de evitar que me rozara la cara.

—¿Eso es...? —empezó a preguntar Aines. Su vista estaba fija en el trasero del occiso.

—Sí —respondió el forense al percatarse de cuál era su duda—. Durante el tiempo que estuvo retenido, el finado se hizo sus necesidades encima. No sabemos qué tipo de cautiverio soportó. Si le hizo tomar alguna sustancia, lo sabremos con la autopsia.

—¿Dónde está la ropa? —me interesé.

—Estaba metida en una bolsa de deporte —intervino la teniente Casado—. Algunas prendas están rajadas; se las debieron de cortar para quitárselas. Los compañeros la han marcado como una de las pruebas. Si quieren verla...

—Luego. Gracias. ¿Había algo más en la bolsa aparte de la ropa?

—Sí. Los objetos personales. Entre ellos estaba su cartera con el DNI, el móvil apagado, algo de dinero, las tarjetas bancarias...

—Entonces queda descartada la hipótesis del robo —dije con sarcasmo. La inspectora me dedicó una mirada de desaprobación; no supo verle la gracia a mi broma.

—Podría ser un ajuste de cuentas —intervino su compañero.
—Sí, es lo más probable —afirmó Aines.
—¿Cómo se llamaba?
Mi pregunta dio pie a una conversación casi exclusiva entre la teniente Casado y yo.
—Miguel Ángel Rodríguez Palacios. Como ya sabéis era residente de Alzira. Su esposa denunció su desaparición ayer por la noche.
—¿Dijo algo que nos pueda servir?
—No lo sé. No hemos tenido ocasión de leer la denuncia.
—De acuerdo, de eso nos encargaremos nosotros. ¿Dónde están los cazadores que lo han encontrado?
—Les hemos dicho que esperen fuera del cordón policial.
—No los hemos visto al llegar —reflexioné en voz alta, aunque no pretendía que nadie me escuchase.
—Les hemos dicho que esperen hasta que les autoricemos a irse. Mientras veníais, les hemos tomado declaración.
—Supongo que se les habrán quitado las ganas de cargarse hoy a ningún animal —dije irónico.
—Tal vez.
—¿Han dicho algo destacable? ¿Conocían a la víctima?
—Dicen que no se han acercado, que a lo lejos han visto a un hombre muerto y han llamado a Emergencias. Además, si os fijáis, apenas se le puede distinguir la cara, la tiene sucia y llena de sangre. La inspectora Casado tenía toda la razón.
—¿De dónde son los denunciantes? —proseguí.
—De Millares.
Estaba cerca de allí.
—Ahora mismo apremia averiguar las motivaciones de su asesinato para determinar si hablamos de un hecho aislado o puede volver a repetirse.
—Sí, sería interesante. ¿Sabemos a qué se dedicaba, si estaba metido en algún asunto turbio?
—No, no sabemos nada.
—Nosotros nos encargaremos de eso. ¿Y el arma con la que le dispararon?
—Junto al cuerpo y la bolsa había un rifle. Tenemos que pedir un informe a balística para determinar si esa fue el arma homicida.

—Un momento —intervino Aines—. ¿La víctima también era cazador?

Los dos agentes se miraron pensativos. Yo lancé una fugaz mirada a mi compañera; no se inmutó.

—Confírmalo —le ordenó la teniente Casado al sargento Santos—. Pero por la ropa que hemos encontrado podríamos entender que sí.

—Ahora mismo —contestó Álvaro Santos, poniéndose manos a la obra.

Fue extraño: durante un par de minutos nos acompañó el silencio, como si el caso estuviera resuelto, como si no hubiera incógnitas a las que dar respuesta. Mientras tanto, observé al médico forense analizando la herida de la espalda de la víctima.

—Está bien —dijo el sargento Santos, sacándonos del mutismo—. En el registro de la Guardia Civil figura que tenía permiso de arma para caza. Así que, sí, era cazador. De hecho, la última renovación del permiso es de hace apenas un par de semanas.

—Perfecto —susurré.

—¿Tenéis alguna observación? —se interesó la teniente Casado.

Aines negó con la cabeza. Yo tampoco tenía nada que añadir, al menos por el momento.

—No —respondí por ambos—. Cuando llegemos a Alzira, estudiaremos la denuncia por desaparición y empezaremos entrevistando a su esposa. A ver si ella aporta algún dato que pueda ayudarnos.

—Muy bien.

—Pues si ya está todo dicho, nos gustaría echar un vistazo por el escenario del crimen.

—Cómo no. Aparte de la declaración de los dos denunciados, os haremos llegar el resto: las fotografías, el croquis, el listado de muestras..., ya sabéis, lo de siempre.

Hice una seña de agradecimiento.

—Por cierto, doctor González, ¿se ha percatado de si le falta algún diente, algún dedo...? —pregunté cuando la pareja de compañeros de la Guardia Civil ya se encontraba a unos metros.

—A simple vista no. Os lo hubiera dicho.

—Sí. Imagino.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Aines con el ceño fruncido.

—No sé, creo que estaba buscando algo que me demostrara que era un ajuste de cuentas de alguna banda o... ¡Bah! —Suspiré—. Olvídalo. No le veo ningún sentido, la verdad —dije afligido mientras observaba el cadáver y al equipo forense preparando el cuerpo.

En ese momento acababan de cubrir sus manos con bolsas de papel.

—¿Insinúas que los asesinatos suelen tener algún sentido?

—Para el que asesina sí lo tiene —respondí distraído.

Se disponían a guardar el cuerpo en una bolsa de cadáveres y trasladarlo a la morgue, donde seguirían examinando sus restos.

Aines hizo una mueca de inconformidad y rechazo.

—En fin, centrémonos —sugerí—. Sabemos que su asesino lo ha retenido durante horas y luego lo ha traído hasta aquí para terminar pegándole un tiro por la espalda y otro en la cabeza, con lo cual sabemos que hay dos escenas del crimen, esta es la principal. La pregunta es: ¿por qué aquí? ¿Es un escenario elegido al azar? ¿Este enclave nos aleja del lugar de residencia del asesino o solo del de la víctima?

—¿Tú crees que estaba pensando en eso? Algo me dice que su intención no era esconderlo, sino más bien todo lo contrario. Quería que alguien lo encontrara y que lo identificásemos, por eso dejó la documentación de la víctima, ¿no crees?

—Sí, en eso tienes razón. ¿Tienes alguna hipótesis?

—Pues, para empezar, no creo que haya sido una víctima escogida al azar. Es probable que le conociera de antes y, tal vez, el hecho de traerle hasta aquí sea porque representa algo para alguno de los dos.

—Es posible. ¿Piensas que ha podido ser un crimen pasional? —barajé.

—No lo creo, pero, no sé, no podemos descartar nada. —Suspiró mientras observaba a los compañeros de la Científica trabajando por la zona—. Es lo que tú planteabas, ¿venir hasta aquí nos aleja o nos acerca al domicilio del asesino? ¿Crees que podría ser también de Alzira?

—No lo sé.

De pronto se puso a escribir algo en su bloc de notas.